

nuestro Dios, siquiera con los deseos, y con las ansias vuelen allá nuestros afectos. Y si la señal de la Cruz nos la dexa hoy nuestro Redentor para enseñarnos la sabiduría; aliento, Christianos mios, y subamos por su Cruz à la Gloria.

PLATICA VI.

POR LO QUE LA SANTA CRUZ
no solo es para los Christianos Señal, sino tambien Insignia.

A 11. de Mayo de 1690.

Continuar la explicacion de los Soberanos Mysterios, que se encierran en la señal de la Santa Cruz à un auditorio tan piadoso, como catholico, es con la dilacion, no solo darle mas tiempo al gusto, sino procurarle mas logro al provecho. Palabras son estas de S. Agustín, porque no me culpen de prolixo, lo que en las señales que nos muestra la señal de la Santa Cruz me dilatáre: *De Cruce Domini*, (dice Augustino) *& ejus Mysterio diutius loqui, & dulce est, & salubre.* (August. *Serm. 101. de Temp.*) ¿Porque qué cosa, ni se puede pensar mas suave, ni se puede decir mas dulce, que los Mysterios, que en la Santísima Cruz se ocultan? Pues por ella no solo nos libramos del Infierno, sino que tambien nos sublimamos, y subimos hasta el Cielo: *Quid enim dulcius, quid suavius, vel cognari, vel dici potest, quam Sanctæ Crucis Mysterium per quam non solum ab inferis revocari, sed etiam in Cælos elevari meruimus.* Pues, Padre, prosigamos en buen hora, que à mí tambien desde la Doctrina pasada se me ofreció una duda; pero como el Jueves pasado, por ser dia de Fiesta, tuvimos tantos huespedes, tuve vergüenza de proponerla, y ahora lo diré aquí que estamos solos, y que nadie nos oye. Mi duda es, que ¿para qué el Catecismo ha de llamar à la Cruz insignia, y señal del Christiano? No basta llamarla señal, ò llamarla insignia? Por qué dice es uno, y otro, insignia, señal? *Qual es la insignia, y señal del Christiano?* ¿Qué buena duda!

Pero antes de responderla, haveis de saber, que habiendo hallado la gloriosa Emperatriz Santa Elena la Cruz de nuestra Vida Christo, y con ella los clavos, que traspasaron sus Divinos pies, y manos, dicen, que del uno de aquellos clavos mandó hacer un freno para el caballo, en que montaba su hijo el Grande Emperador Constantino. Y del otro clavo mandó fabricar la Corona Imperial, con que en adelante se coronó aquel Grande Emperador. ¡Hay tal desproporcion! Direis al punto: ¿un freno, una Corona? Un freno para un bruto, y una Corona para un Emperador? Un freno, que ha de servir de tener à raya à un caballo, y una Corona, que ha de

fer la veneracion, y respeto de un tan gran Monarca? Si era tan clavo de la Cruz el uno, como clavo de la Cruz el otro: ¿por qué el uno ha de servir para freno, y el otro para Corona? ¿No empleára ambos clavos en Coronas? No: (dice S. Ambrosio, que es quien lo refiere) discreta anduvo la Santa Emperatriz. Tóme de la Cruz freno, que le haga señal à un bruto, para gobernar su camino; y Corona, que sea insignia gloriosa de un Monarca, para ilustrar, y honrar su cabeza. Sea el uno señal, que gobierne los pasos: sea el otro insignia, que honre, y ennoblezca las acciones: *De uno clavo frenos fieri præcepit, de altero Diadema intexuit: Unum ad decorem, alterum ad devotionem vertit.* (Sanct. Ambros. *apud Lober.*)

Ahora à nuestra duda: Insignia, y señal son dos cosas muy distintas; porque aunque toda insignia es señal, pero no toda señal es insignia. Quiero decir: Señal es aquella, por la qual se distingue una cosa de otra. Labran chocolate en una casa para los señores de ella, y para los criados; pero hay distincion del uno al otro: ¿y qué hacen para conocerlo? Ponente una señal al de los amos, ò con una llave, ò con un sello, y al de la gente no; pues Dios me libre de chocolate sin señal. Lleva un Corredor de un Almacén para dos distintos dueños diez piezas de ruán, han de ir todas juntas, y las seis son para uno; las quatro de no tan buen genero son para otro; pues para que no se confundan, señálelas usted; las señalan: yá llevan su señal, así decimos: ¿y se diría bien, yá llevan su insignia? No: Venlo? Luego no toda señal es insignia. Porque señal es la que como quiera señala; pero insignia es la que distingue, y señala con honra, con ventaja, con estimacion. Por esso se llaman insignias las que distinguen al Caballero el Avito, al Doctor la Borla, al Alcalde la Vara, al Oidor la Garnacha; y así decimos, insignia de Caballero, insignia de Doctor, &c. Yá, pues, en la Cruz tenemos los Christianos uno, y otro: es nuestra insignia, y es nuestra señal. Es nuestra insignia, porque nos ilustra, nos ennoblece, y nos honra: es nuestra señal, porque nos dá à conocer, y nos distingue. Por esta señal nos distinguimos de los Gentiles, Hereges, y Bárbaros; y por esta insignia quedamos tan honrados, tan nobles, que seremos reputados, y estimados, aun entre los Angeles. Es la Cruz nuestra señal, porque es la que tiene à raya nuestros desbocados apetitos, y pasiones, para que no nos despeñen al Infierno: esso fue hacer del uno de los clavos de la Cruz freno para un bruto. Y es la Cruz insignia, que nos ennoblece; porque ella nos eleva el espíritu à tener pensamientos de Christianos, deseos de herederos del Cielo, acciones de hijos de Dios. Esso fue hacer del otro clavo de la Cruz la Corona de un Emperador: *Unum ad decorem, alterum ad devotionem vertit.*

Pues

Pues con mucha razon nos dice el Catecismo, que la Cruz es uno, y otro; es insignia, y es señal del Christiano. Nos hemos de gloriarnos, nos hemos de honrar, y preciar mucho de hacer sobre nosotros la señal de la Cruz; eso será mirarla como insignia. Que segun (no pocos) se apresuran al perfignarse en la Iglesia, parece que se precian mas de hacer garavatos, que de formar Cruces. De espacio, de espacio, que lo vean todos, pues es la Cruz nuestra mas honrosa insignia. Y hemos de procurar tambien ajustarnos à las obligaciones, que la Cruz nos acuerda; eso será mirarla como señal. Era la Cruz, antes que nuestra Vida Christo la honrara, la cosa mas vil, y mas afrentosa del mundo: tanto, que entre los Romanos era castigo, que se daba solo à los esclavos, y ni por gravísimos delitos se le podía dar ese castigo al que era Ciudadano Romano. Por eso se querrela gravemente Ciceron contra Verres, de que à un Ciudadano Romano lo puso en una Cruz. (Cicer. *orat. in Verr.*) Entre los Judios tenian por maldito de Dios, y del todo abominable, al que moría en una Cruz. ¡Oh, Jesus de mí vida! ¿Y à esta vileza te obligaste por mí? Por mí dístes la vida con tanta infamia? Pero desde allí, ¿cómo dexó la Cruz para nosotros? Yá lo vemos, y yá lo dice San Agustín: *A locis suppliciorum fecit transitum ad frontes Imperatorum.* (Aug. *in Psal. 36.*) La dexó; que la que antes era la mas vil afrenta; aun para los mas viles esclavos, ahora es la honra mayor, con que ilustran sus frentes los Emperadores. A Rodolfo, Conde de Aspurg, el primero, que de la Serenísima Casa de Austria ciñó la Corona de Emperador de Alemania, reuñaban darle la obediencia los Principes, y Potentados del Imperio, por un pretexto tan frívolo como político; porque decían, que no tenía Reyno, con cuyas fuerzas pudiese mantener el Imperio. Rodolfo entonces, tan agudo, como piadoso: Reyno tengo, les dice, y muy poderoso. ¿Reyno? Donde? Y cogiendo él una Cruz en la mano: este es mi Reyno, y este es mi Cetro; con que podré sujetar al Orbe todo. Y qué bien lo dixo, que si el Reyno mas glorioso de Christo es la Cruz: *Dominus regnavit à ligno*: Si la Cruz fue el Cetro, y la Espada con que sujetó à su obediencia al mundo: *Domuit Orbem non ferro, sed ligno*; la Cruz es el Cetro, y es el Reyno de los mayores Monarcas. Bastó aquella respuesta, à que rendidos le dieran la obediencia, y à que él, y sus Serenísimos descendientes, con el Cetro de la Cruz tantas veces, y ahora en nuestros dias tengan sujeta, y postrada la sobervia de el Otomano. Así, pues, se glorían los mayores Monarcas de tener la Cruz por insignia.

Pero los que nos gloriamos de tener la Cruz por insignia, nos hemos de acodar tambien, que tenemos la Cruz por señal: *Signum*, dice Donato, *est parva quedam significatio indicans totius rei qualitatem.* Señal llaman tambien aquella, que

en breve nos dá à entender todas las calidades de una cosa. Vemos al otro pálido: aquella palidez es señal de que está enfermo; vemos que anda suspenso, y pensativo; señal que tiene algun cuidado. Así, pues, por la señal que vemos, conocemos lo que no vemos. No pára, pues, la señal en que la veamos, y conozcamos à ella, explica mejor S. Agustín, (D. Aug. *lib. 2. c. 2. de Doct. Chr.*) fino que nos lleva al conocimiento de aquello, que la señal nos significa. Vemos humo, allí hay fuego; vemos una huella humana, hombre pasó por aquí. Yá, pues, si la señal manifiesta es la que nos dá à entender lo que está oculto; si la señal no basta conocerla en sí, fino que hemos de conocer aquello, de que ella es señal. ¿De qué es señal la Cruz? del Christiano. ¿De qué es señal la Cruz? Del que sigue à Jesu-Christo, del que milita debaxo de su Vandera: que por eso tambien Vandera se llama señal en latin, *signum*; porque distingue quales son los soldados de España, quales los de Francia. Pues si la señal de la Cruz se hace sobre el que no es Christiano en sus costumbres; si se hace esa señal de amigo sobre el que es enemigo de Christo por sus pecados: ¿qué será esta señal? Oh, Dios! Será señal de condenacion. Usaban los antiguos Christianos poner en los Navios en la parte mas alta la señal de la Santa Cruz; de modo, que como ahora por la Vandera que echan se conoce de lexos, aquella es Nao Olandese, aquella es Inglesa, &c. así entonces por la Cruz conocían, aquella Nao es de Christianos. Andaba, pues, una de estas cargada de tan malos Christianos, que robando, y faqueando las costas, cometían atrocísimas culpas. Venla venir de lexos, concócen por la Cruz, que es de Christianos; llenanse de miedo los Gentiles, y entonces un Sacerdote de los Idolos: Sofegaos, les dice, sofegaos, que si los que vienen en aquella Nao logran el executar aquí sus atrocidades, y robos, ò el Dios de los Christianos es ciego, ò está durmiendo: No sabía el Bárbaro, que el permitir el Señor en sus Christianos tan graves culpas, es efecto de su infinita Misericordia; pero en esta ocasion, volviendo por su honra, no bien dixo aquello el Idólatra, quando mirando todos la Nave, à un violento remolino, forbiendofela el mar, no pareció mas de toda ella, ni hombre, ni tabla. De modo, que la señal de la Cruz, por donde fueron conocidos, esa les sirvió de señal, para que quedasen ahogados? Sí: *Quid prodest*, dice San Agustín, *si signum Christi in fronte, & in ore gestamus, & intus in anima crimina, & peccata recondimus?* (Sanct. Aug. *Ser. 215. de Temp.*) ¿Qué aprovecha poner la señal de Christo en la frente, quien tiene en el corazón, con la culpa, la marca del demonio? De qué sirve tener en lo exterior en la Cruz la señal gloriosa de Christiano, quien en el alma, por el pecado, tiene gravado el hiero de venta de condenado? Y en fin, quien tiene al fuego de sus apetitos gra-

vada, la S, y el clavo del Demonio, ¿qué logrará con haver vivido señalada con la Cruz de Christo? Mayor culpa, mayor pena, mayor condenacion: *Qui malè operatur* (dice San Agustin) *quando se signat, peccatum illius non minuitur, sed augetur.* ¿Judas, Judas, con un ósculo me entregas? ¿con un ósculo me vendes? ¿con un ósculo me llevas à la muerte? ¿Señor, Señor, que mas parece que os duele aquí un beso de Judas, que allí la bofetada de Malco? Sí: No veis, que es señal de amistad el ósculo, y hacer la ofensa debaxo de la que es señal de amor, es suma maldad: *Hoc malum fecit signum*, (le dá en la cara la Iglesia à este traydor, no tanto con la culpa, quanto con lo perverso de su solapa) *hoc malum fecit signum, qui per osculum adimplevit homicidium.* ¿Con la señal, con la señal de amigo ocultar obras de traydor! ¿Oh, qué vileza! ¿Oh, qué maldad! Pues si la Cruz, Christianos, es la señal con que nos preciamos de ser de Jesu-Christo, la Cruz ha de ser tambien la que mas gravemente nos condene, si nuestras obras no dicen con la señal de lo que somos.

San Gregorio Turonense (Greg. Tur. l. 1. de Glor. Mart.) refiere haver visto una Cruz engastada en una piedra preciosa, de una propiedad tan admirable, que si el que la miraba estaba en gracia de Dios, y sin culpa en su alma, la Cruz se mostraba hermosísima, y cercada de un purísimo resplandor; pero si llegaba à verla alguno, que estuviese en pecado mortal, la Cruz al punto, perdiendo todo su resplandor, iba quedando triste, y obscura, hasta ponerse toda negra. ¿Qué fue esto? Prevenirnos de lo que con la señal de la Cruz nos ha de suceder el día del Juicio. Entonces, dice S. Matheo, que ha de aparecer la señal del hijo del hombre: *Tunc aparebit signum filii hominis.* (Matth. c. 24. vers. 30.) ¿Y para qué ha de aparecer? Para que solo con verla, dice S. Chrysostomo, (Hom. 20. in Matth.) no sea menester mas acusacion. Aquella señal ha de ser entonces la que mudamente, poniendoles à los Christianos à los ojos sus obligaciones, que no cumplieron ingratos, à que no correspondieron agradecidos, les hará señal (¡qué terrible!) de su condenacion eterna: *Non opus erit accusationis ubi viderint Crucem.* Christiano, prosigue el Chrysostomo, contra tí han de gritar los clavos, y la Cruz ha de ser el acusador, el testigo, y el Abogado, que pida tu condenacion: *Clavi de te conquerentur, Crux Christi contra te peroravit.* Por el contrario, los buenos Christianos, los que allí estarán escogidos, dicen gravísimos AA. (Corn. in Ezeq. cap. 9. q. 4.) que tendrán en sus frentes gravada la señal de la Cruz por señal de su gloria, por señal de su salvacion. ¿Oh, Dios! ¿Oh, Dios! ¿Qué, la Cruz, que ahora es señal de todos los Christianos, ha de venir tiempo en que essa misma Cruz sea señal, que distinga los unos de los otros Christianos? Oh, si acá lo conocieramos, como se lo dió à conocer la misma Cruz à aquel exemplar prodigioso de

la penitencia, à aquella muger admirable, que haviendo puestto por peana sus passadas culpas, elevó hasta los Cielos su santidad.

Sea, pues, este el exemplo. Surio à 9. de Abril. Theophil. Rayn. t. 9.) Nació en una Ciudad de Egipto una niña, que à los doce años de su edad, consumada en siglos de hermosura, perdió à sus padres: ¿Qué desgracia! Si la havian de cuidar, fue lo sin duda: pero si la havian de servir de lo que acá suelen no pocas madres, la dicha de las hijas fuera de haverlas perdido, para no estar ellas perdidas. Aquella en fin, con libertad, con hermosura, y con pocos años (¡oh, qué tres atractivos para el mas desventurado precipicio!) à esse la despeñaron. Porque viniendose à la Ciudad de Alexandria con ella, introduxo allí el infierno todas sus máquinas, y los que desde luego empezaron en aplauso de su hermosura, se continuaron en horrores de su torpeza, y en écos escandalosos de su infamia. Diez y siete años prosiguió tan vil ramera, que ella misma provocaba lo que detenía, ò la vergüenza, ò el enfado. Así corria, quando acercandose en Jerusalem la solemníssima Fiesta de la Exaltacion de la Santa Cruz, à que concurrían de las Provincias mas remotas à vér, y gozar aquella Señal gloriosa de nuestro remedio: saliendo en una Nave muchos de Alexandria, à que ella, oyendo fiesta, sin mas devocion que al concurso, à vér, y ser vista: Allá he de ir, dice, y al punto lo executa. Entrase en la Nave à proseguir allí en un mar de culpas, y à trasladar à Jerusalem sus escándalos. Previno sus adornos para la Fiesta: llegóse el día de la Exaltacion de la Santa Cruz, en que el Arzobispo de aquella Ciudad, puestto en un lugar alto, mostraba al Pueblo aquel Santo Madero, en que conseguimos nuestra Redencion. Fuefe aquella entre innumerable concurso. ¿A qué? A la Iglesia: ¿Qué de ellas lo dicen así, y van mas al infierno, que à la Iglesia! como aquella iba. Pero, ò misericordia infinita, ¡cómo logras tus amorosos tiros, donde menos lo piensa un alma! Llegó ésta, y muy ufana ibase à entrar con todos, quando al llegar à los umbrales, siente que la detienen, sin vér qué manos; forceja á moverse, y en vez de adelantar el passo, vé, que la vá retirando no sé qué impulso. ¿Qué es esto? ¿Si acaso fue el aprieto de la gente? Vuelve segunda vez con mas cuidado, y siente que sin poderlo resistir, por segunda vez la retiran. ¿Qué tengo yo? ¿Todos entran, y yo sola no he de poder, ni aun llegar à las puertas? Porfia tercera vez, y no vale: vuelve por quarta vez, y aun se queda. Aquí yá à la luz de el desengaño; y aquí atropada la eficacia de el Divino auxilio. Estos son mis pecados, dice, que no quiere Dios que yo vea su Cruz, pues foy yo la que he agravado à su Cruz tan infamemente el peso. Así lo pensaba quando levantando los ojos, vió sobre la puerta una Imagen de la Sma. Virgen Maria, y entonces derretido su corazon, empieza à hablarla con sus lágrimas, y prosigue à mover su piedad con su

ge-

gemidos: Oh, Señora, Madre de pecadores, ya veo, y conozco quan perdidamente lo he sido; ¿pero qué no conseguire de tu Hijo, si tú eres mi fiadora? De lo pasado, ¡oh, cómo me arrepiento! Y en lo venidero, ¡qué otra será mi vida! Ya veo mis torpezas, ya conozco el numero sin numero de mis culpas, ya lloro los imponderables daños de mis escándalos. Concededme, Señora, que yo vea ahora la Cruz, que yá he de conseguir con mis pasos, y que yá he de retratar en mi vida: dixo, è yendose à la puerta, yá, sin que la embarazara nada, entró al Templo, adoró la Santa Cruz, yá con el corazon tan otro, que de allí salió à hacer la mas prodigiosa penitencia, que vieron los desiertos, y à alcanzar una santidad de las mas prodigiosas, que adoramos en los Altares: esta fue la conversion de Santa Maria Egypciaca. A vista de la Cruz, qué dicha! Oh, no aguardemos nosotros à quando la señal de la Cruz nos deseché para el Infierno; logremosla quando nos es señal de gracia, para que por ella podamos conseguir la Gloria.

PLATICA VII.

EN DIA DE CORPUS-CHRISTI:
de el origen de la Fiesta, y de su
solemne Procecion.

A 25. de Mayo de 1690.

Nuestra explicacion nos obliga hoy à seguir la Cruz, y el dia nos está convidando à ir en la Procecion, todo es uno; que seguir la Cruz, esto es ir en Procecion, segun el language de los antiguos Christianos, dice nuestro erudito Raynaudo: *Crucem sequi, dicitur pro eo quod est interesse processioni.* (Rayn. tom. 15. Her. f. 106. n. 16.) Tan antiguo es el uso santo, de que vaya siempre por delante de la Procecion la Santa Cruz, que desde el quarto figlo de la Iglesia, en que respiró yá la Christiandad de treientos años de perfecciones, y tormentos; así que el Gran Constantino arboló la Cruz por vándera dichosa à sus Exercitos, la Iglesia Santa levantó tambien la Cruz por Estandarte piadoso à sus Proceciones. (Ap. Rayn. ibi.) De los tiempos de S. Chrysostomo lo refieren Socrates, Sozomeno, y Niceforo. Y de sus tiempos lo menciona establecido el Gran Emperador Justiniano en la Novela Constitucion 123. De aqui, pues, vino el comun modo de decir, que seguir la Cruz, es ir en Procecion. Con que sin dexar de seguir la Cruz, podemos nosotros hoy ir en la Procecion, y tanto, dice nuestro Raynaudo, que los antiguos Christianos, por decir: voy à la Procecion, decían: voy à la Cruz: *In actis S. Cune-gundis dicitur, parentes cujusdam puella reversos à Crucibus, id est, à Processione.* (Rayn. ubi sup.) De modo, que ir à la Procecion lo miraban entonces los Christianos como ir à la Cruz. No sé si

ahora tienen tan por Cruz esto ir à la Procecion. Allá lo saben, allá lo vean, pues lo cierto es, que à la Procecion de el Corpus-Christi, con mucha especialidad debieramos ir como à la Cruz; porque el hacernos el Señor este Divino, infinito, è inexplicable beneficio de darsenos en manjar en su Sacramento, quiso que siempre fuera tierno recuerdo à nuestra memoria de su Passion, y de su Cruz. A esa miran en el Santo Sacrificio de la Misa tantas Cruces como hacemos los Sacerdotes, y à eso atendió el Señor en querer, que este Sacrificio fuefe siempre tan à vista de la Cruz, que ésta no falte del Altar. Digalo el tan prodigioso como sabido milagro de la Cruz de Carabaca, que del Cielo traxeron los Angeles, porque no faltase Cruz en el Altar. Y de S. Ignacio, Arzobispo de Constantinopla, refiere Baronio, que siempre que consagraba, al alzar la Hostia, la Cruz que estaba en el Altar, à ese mismo passo se iba levantando en el ayre, y baxaba tambien la Cruz, al passo que baxaba la Hostia: Tal correspondencia tiene con la Cruz este Divino Sacramento, porque en él nunca nos olvidemos de la Cruz. Y ahora, pues yá vá delante la Cruz, empecémos à vér la Procecion del Corpus, como quien sigue en ella à la Cruz, quiero decir, con espíritu, y con devocion. Pero mientras van llegando los Santos, y se ponen en orden las Co-fradias; me pregunta un curioso, cuál fue el principio de esta Fiesta? ¿Y qué fin pretende la Iglesia con esta solemne Procecion? Vá de fiesta, y venga de atencion.

(Hautino, n. 1063. y n. 1070.) Por los años de 1210. florecia en Lieja de Flandes una santa Doncella de muy conocida virtud, llamada Juliana de Monte Cornelio: à ésta, quando en lo mas fervoroso de su oracion, dió en representarse una hermosísima Luna; pero aunque cercada de bellísimos resplandores, advertia, que para llenar del todo su hermoso círculo, le faltaba un poco; reparó la Santa Virgen, y respondieronla de el Cielo, que aquella Luna era la Iglesia Militante, à quien para llegar à toda la plenitud de la hermosura en sus Sagrados Ritos, le faltaba celebrar una solemne fiesta al Santísimo Sacramento. Ella, tan humilde, como virtuosa, temiendo algun engaño, se acogió al seguro dictamen de vér, y callar. Veinte años estuvo viendo esta vision, y callandola veinte años. (no callan tanto otras, las que quizá no son revelaciones.) Hasta que el año yá de 1230. concurriendo otra semejante revelacion à otra tambien santa Doncella, llamada Isabel, con esto se alentó Juliana à decir lo que havia visto. Y comunicada la materia con gran madurez entre Varones Doctísimos, Roberto entronces Obispo de Lieja el año de 1240. publicó esta fiesta en su Obispado, (Rayn. t. 13. Her. fol. 205. n. 14. & fol. 209.) Era Arceidiano entonces de Lieja Jacobo Pantaleon, el qual llegando poco despues à ser Sumo Pontífice de la Iglesia, se llamó Urbano IV. y yá en la Silla, con aquellas noticias, con otros milagros, que suce-